

LA ESTRATEGIA DE LÁZARO Y BLANCAMÁN APELLIDADO EL BUENO

Domingo-Luis Hernández
Universidad de La Laguna

Si alguna parte de mi trabajo me ha atraído más que otra, ha sido la de mi juventud, el rincón más ignorado de mi vida. Allí he tenido que despertar a un mundo conocido sólo por mí; no he hallado en esa sociedad desvanecida más que recuerdos y silencio. De todas las personas que he conocido, ¿cuántas existen hoy?

Françoi-René de Chateaubriand

ENTRE PÍCAROS ANDA EL JUEGO

Son dos las novelas que propician con su inicio un esquema narrativo singular que referido y desvirtuado por el uso se prolonga a lo largo de tanto tiempo como el que media entre 1554, 1599-1604 y 1968, fechas que nos interesa especialmente enumerar aquí. La *novela picaresca actualiza* en su esencia, por la cita imprescindible del *Lazarillo de Tormes* (primera fecha) y *Guzmán de Alfarache* (segunda), un esquema general que referido a una misma cosa titubea en los resultados finales. Pero acierta de tal manera que es difícil sustraerse a una equiparación moderna de los resultados: reproduce los de la degradación que de manera cíclica depara la estructura económica de Occidente. Oscar Masotta [1965], sostiene que el evento "inventado" por el cínico Guzmán es, nada más y nada menos, que la marca de una clase, la de la burguesía media; en una estamos implicados tantos que, en la zozobra de una convulsión que pareciera eterna, no se sabe de qué lugar del espectro jerárquico seremos hijos. Así es la competencia de nuestra sociedad que da pie a realizaciones literarias tan

singulares como las ya anotadas; y más, sobre todo aquellas que retratan la tragedia de la supervivencia en el marco de la incertidumbre y que, por desgracia, suplanta determinaciones tan horrendas como a la que se refería Silvio Astier en *El juguete rabioso* [1926] “trabajar para comer y comer para trabajar”. Este es el principio que genera la estructura, es decir, la trayectoria de una adaptación social que implica, necesidad de adaptarse. Por eso la *novela picaresca* es el relato de la depredación social que concluye generalmente con el triunfo de los mejores que, al final del proceso, no son necesariamente los más buenos. La dilogía “buenos”/“malos”, por cierto, sufre un correcto mejoramiento con los matices adosados a los procesos adaptativos después de la eclosión narrativa del siglo XIX, cuando se instaura el poder de la ascensión “como sea”. Fruto de ello son personajes tan endiosados y corrosivos como los Rocambole o los Montecristo no alejados del círculo significado por Diderot en *El sobrino de Rameau* y de que dan buena cuenta el Dostoievski de *Crimen y Castigo* y *Apuntes del subsuelo* o la filosofía de Nietzsche. Así es que el prurito de las mediatizaciones judeo-cristianas, tan en la estructura de los significados (para ironía de Lázaro y cinismo de Guzmán) de los dos libros primeros, se matiza notablemente con las realizaciones posteriores.

Lo que quiero exponer como portada de lo que vendrá luego no se reduce a lo expuesto al final de estas dos abigarradas novelas sino que se completa con sucesivas soluciones entre las que también es posible encontrar la huida [*El buscón*, 1626] (final estratégico, asimismo, de *El juguete rabioso*). Las dimensiones del problema se hacen, pues, modernas. Y así es percibido tanto sucumbir al deshonor (o a la venta personal, si se prefiere) en los cíclicos períodos de incertidumbre. De este modo se interpreta la entrega a las directrices sociales opuestas a la propia ética que la macroestructura de dominio impone (Lázaro), la delación (Guzmán, Silvio) o la huida (Pablos, Silvio). Estos tres vértices sí que explican (me atrevo a completar las palabras de Masotta) las defenestraciones concretas de una clase social tan vieja y tan moderna como el esquema literario que se esfuerza en representarla. Por eso, que en el abordaje del esquema sea considerado lo ideológico [Tierno Galván, 1974] está justificado en él mismo.

La trayectoria de este héroe se sustenta en la ordenación de un aprendizaje tan cruel y violento como el contexto y el resultado del viaje. Los signos de esa trayectoria se elaboran a partir de cláusulas identificables: de antepasados “extraños”, el *pícaro* comprueba que la degradación depara degradación moral, entendida, según se expande en la visión de su clase, como burla de las normas éticas que regulan la “apariencia” de la sociedad legal a que se aspira. La madre es, generalmente, de reputación dudosa, el padre ladrón... La “traición” a su clase se fragua con virulencia cuando el personaje narrador se percata de la respuesta del poder para con

los atentados contra la propiedad que se explican sólo y exclusivamente como faltas a que mueve la supervivencia. Así el padre de Lázaro "padece persecución por justicia"; el de Pablos es ejecutado en Segovia; el hermano de Pablos había fenecido antes en la cárcel de una paliza también por ladrón... Tales cuestiones son comprobadas por el personaje que vive tales desastres en su propia piel: Lázaro sabe que cada acto delictivo se acompaña de una reprimenda de repercusiones físicas lamentables; Guzmán se percata de que la consecución del reconocimiento social por la puesta en práctica de mecanismos delictivos se desmorona cayendo en desgracia hasta las galeras; Pablos está a punto de perecer a manos de la justicia como su antepasado y hermano por robo; Silvio Astier desecha, pese a sus alucinantes consideraciones acerca del dinero ganado con actos delictivos, la posibilidad de medrar por la conducta antisocial, habida cuenta de las represalias que tal hecho pudo haber actualizado al final del primer capítulo, cuando Irzubeta y él mismo están a punto de ser capturados por la policía. Tal cuestión se verifica, además, en el último capítulo de la novela de Arlt: la estructura cíclica es negada, cuando un miembro de la hermandad, ahora policía, da noticia de la detención de Irzubeta, a la postre el único reincidente contrasocial del grupo.

La moraleja inicial está señalada por un hecho irremisible: el viaje ha comenzado sin posibilidad de regreso; el camino es transformación, no círculo autodegradante. ¿Y qué sostiene, en la estructura, ese viaje? Las acumulaciones de pruebas y errores que se encadenan de modo vertiginoso.

El personaje surca el espacio de las novelas contando los sucesos en la búsqueda de la estabilidad que asegure algo más que la supervivencia.

Se ha comentado [Oldrich Belic, 1977] que esa acumulación de quehaceres y experiencias sucesivas con otros tantos prototipos sociales está justificada por la calidad jerárquica de los acontecimientos, es decir, a la experiencia primera de Lázaro con el ciego le sucede otro "dueño" que mejora el estado anterior, al que seguirá otro más provechoso para el protagonista. Sospecho, sin embargo, que tal cosa es más infundada que cierta porque de la realidad se desprende que ningún estatus inicial o intermedio es mejor en el suceso que los otros, a no ser que atendamos, de modo exclusivo, a la acumulación de experiencias que concluyen en la madurez y que llevan al protagonista al culmen inevitable de su existencia: la aceptación de los supuestos sociales a cambio de la admisión. A su vez, tal cosa incluye la puesta en práctica de la vileza ética, personal marca de la clase "traicionada". (En *Guzmán de Alfarache* este asunto es más complejo, aunque el corpus de las excusas —acorde con ellas quizá aparecen las de Silvio Astier inmediatamente antes y después de consumada la delación— recrea posibilidades literarias de mayúsculo interés; cfr. los finales de am-

bas novelas). Por lo tanto, aunque Belic se refiere solamente a la de *Lazarillo de Tormes*, conviene anotar que la estructura de altos y bajos de *Guzmán de Alfarache* no puede estar contenida dentro de estos supuestos; son en sí estructuras cerradas que a ellas mismas se deben sin que pueda determinarse preferencia jerárquica por una u otra; cualquiera de ellas sería aceptada con premura por el personaje conductor de no ser contrasocial la dinámica que las ha actualizado (así es la dialéctica adecuada de Guzmán y así la dialéctica temerosa de Silvio). Si algo define las situaciones de Lázaro, Guzmán, Pablos, Astier no es la transformación jerárquica de los "logros" sino las causas que los conforman: el hambre, la humillación, la tortura (psíquica y física), los intentos frustrados de "alianza", la negativa dolorosa de la estabilidad que apremia, la explotación, el asco... Ahora bien, el razonamiento de Belic cabría entenderlo condicionado a las significaciones dimanantes de los hechos que comportan, repito, experiencia y aprendizaje de estrategias. Cada experiencia, sujeta a la dialéctica de lo opresivo, supera a la otra por el rechazo de la inmediatamente anterior que, a su vez, surge acorde con el descubrimiento de la estructura íntima de la sociedad a admitir; la enumeración del caos está motivada por el escudriñaje de la intimidad del grupo que detenta el poder a fin de descubrir y aceptar, al término del proceso, un hecho que lo significa: la hipocresía.

La compulsación de los supuestos de la crítica social en las manifestaciones literarias pueden, en principio, cuestionar ese cariz en la estrategia de Lázaro. La puesta en duda de tal actitud en el personaje se basa en el desenlace del viaje: la estrategia autobiográfica persigue el esclarecimiento de los pormenores de una adecuación que es, asimismo, asentimiento de los roles cuestionados desde la clase social del héroe. No es difícil demostrar que es esa, precisamente, la punta de lanza que confirma la postura contestaria (aparte de la actitud reformista del sujeto en la estructura irónica que lo confirma). En efecto, hechos extraliterarios, cuales son el anonimato, la pertenencia al *Index* inquisitorial y la más que probable filiación erasmista de su desconocido autor reafirman lo que se prueba intrínsecamente por la ironía y por el lacerante retrato de una sociedad impúdica. Además, con toda la brutalidad del suceso, sus mecanismos están condicionados por la puesta en conocimiento y, en su caso, imposición de los roles contrarios que pregona su "decencia" y que son todos y algunos más de los que la teoría cristiana subraya como imprescindibles (caridad, templanza, bondad, etc.).

Digo esto para introducir la reseña de un hallazgo de la crítica repetido inteligentemente como factor motriz de la estructura: "el caso" [Fernando Lázaro, 1972; Francisco Rico, 1973]. El problema del "yo" en *Lazarillo de Tormes*, como remanente de otras realizaciones, está sabiamente planteado por Fernando Lázaro y no insistiremos aquí en sus conclu-

siones. Sin embargo, nos interesa anotar algunos elementos básicos para cuanto escribamos después.

El personaje neurálgico que conduce la autobiografía se vertebra como tal dentro de un catálogo de hechos que, primero, le ocurren directamente a él (primera mediatización); segundo, el personaje conductor del relato cuenta desde el futuro de los hechos cuando el aprendizaje ha concluido y la meta es irreversible (segunda mediatización); tercero, la búsqueda de los motivos específicos que han hecho nacer la estratagema general del relato (en todas las realizaciones concretas enumeradas) está sostenida por una conjetura de (al menos) triple efecto: tanto Lázaro, como Guzmán, como Pablos, como Estebanillo, como Astier... se cuidan mucho de radiografiar las complejidades ambientales cuyo signo primero es la miseria a eludir, las intermedias que recorren infiriendo la dialéctica desfavorable para con sus convicciones y su entereza física, las subtramas que sustentan las vinculaciones éticas incoherentes e incumplidas, etc. Pero (salvo la ironía autocomplaciente de Estebanillo) se desprenden de sus razonamientos y retratos muy pocas confidencias acerca de su actuación personal no mediatizada y de su entereza. Sólo aparecen en sus autobiografías los datos de su actuación delictiva y vital que les sirven y aquellos que provocan la relación con los estadios intermedios. Tales cuestiones hacen suponer al lector (mediatizado intencionadamente por la dirección del discurso de Lázaro) que, de un lado, en el camino les han precedido individuos potencialmente más indeseables y, de otro, la respuesta social ha determinado su "caso", cuya solución contiene una sola posibilidad, la final, es decir, aquella que avala la disculpa y sus "hazañas". El "Vuestra Merced" (y el receptor) es víctima del juego de Lázaro que parece decir: me pide que cuente por extenso mi vida acaso por ser digno de burla el intercambio o por ser considerado, pese a todo, éticamente impropio, unas compruebe usted que, a su alrededor, la pobredumbre enferma; es decir, algo parecido a aquello de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio. Las dos consideraciones que restan proceden de lo dicho: la justificación de su inocencia, porque sus actos son imperativos de la sociedad que ahora parece juzgarlos éticamente improcedentes. La cuestión se agrava por la sentencia dimanada de toda la estrategia, pues, no olvidemos que lo que trata de probar el personaje es la necesidad inalienable de compartir la "dignidad" social. Por tanto, lo que depara la estructura es la verdad inequívoca que supone la exigencia social de un "precio" para la Traición: la contrapartida del deshonor, la delación y la huida (las dos últimas están presentes en la de Silvio Astier), a cambio de ser integrado. Por primera y única vez en el relato puede obtener beneficios por su utilidad: "y así quedamos todos tan contentos", concluye Lázaro. El protagonista, de este modo, permanece intacto al final de la narración porque el mecanismo del

“yo” (justificado por la propia estructura) así lo implica; esto es, la explicación de los orígenes de un acto moralmente reprimible por la sociedad a que aspira, pero que ella misma justifica, desata en él, por su primitivismo ético, la compleja estructura de la *conciencia*. (Las determinaciones impuestas por la novelística del siglo XIX, Rocambole, Dostoievski, Nietzsche, son importantísimas en *El juguete rabioso*. Cfr. para lo dicho antes el “Tratado séptimo” de *Lazarillo de Tormes*; el Capítulo IX, Libro Tercero, Segunda Parte de *Guzmán de Alfarache*; Capítulo IV, “Judas Iscariote”. de *El juguete rabioso*.) La estructura general que evoca la pervivencia del “ego” propicia dos consideraciones finales globalizadoras: primero, de lo que se trata es de constatar que la estructura debe y se sostiene por la negación de la vuelta al inicio, es decir, la negación de la estructura cíclica (a la que, como ocurre con Silvio Astier, parece avocado por la historia); segundo, el pícaro puede ser un ser de origen inferior por el contexto (complicado por determinantes preexistencialistas en Arlt), pero lo que demuestra su relato (cuarta mediatización) es que sus cualidades individuales y adaptativas son impresionantes, como lo demuestra la victoria sobre la mentada depredación social de la que escapa ileso.

LOS PRIMEROS SIGNOS DE LA ESTRATEGIA DE LAZARO

La certeza de que “todo es azar” instaura el orden de las cosas en la vitalidad crítica de Lázaro. Si no, detallemos dos nuevos asuntos de tal estrategia en el “Primer Tratado” de *Lazarillo de Tormes*.

La servidumbre de la clase de Lázaro es la de la macroestructura jerárquica que lo antecede. De ascendencia rural, Lázaro abandona su condición para instalar, por azar suyo, su existencia y virtudes en la periferia inorgánica de la urbe donde crecen las relaciones burguesas y donde arriban, sedientos de alguna inexistente bondad, nuevos campesinos en desbandada; se instalan en los rincones más inhóspitos de la creciente ciudad e instauran una propensión de los humanos lacerante aún hoy en las engullidoras ciudades del tercer mundo. En tal existencia *tiene* que describirse la estrategia y la estructura del *vivir como sea* aguzando los recursos. Es evidente, pues, que la historia debe desarrollarse allí donde la modernidad de los significados sintonice con la modernidad de la consecuente estructura narrativa.

Pero antes de todo, el azar del nacimiento. Que Lázaro de Tormes sea hijo del Tormes significa que Silvio sea Drodman Astier (es decir, sea de una adscripción invasora de los predios autóctonos) o que Blacamán sea Bueno; significa, en definitiva, que la existencia particular recorre al personaje y que el personaje recorre la existencia con sus determinaciones.

Luego vendrá adosada la burla de su propio origen o la de la historia de la literatura (por ejemplo, aquella de "Nuestras vidas son los ríos/que van a dar a la mar/que es el morir" del adecuado y tradicionalista Jorge Manrique o la presunta referencia al nacimiento del censurable Amadís.) Pero ello, con ser importante, secunda la consideración primera. En efecto, Lázaro es la imagen del transcurso, pero vital. Es el camino, como el incansable cauce; pero el camino del hombre de impulsos en lucha atroz con los poderes fatales de la existencia dependiente y mezquina. Es el camino hasta la verdad inmediata que no es la muerte sino la pervivencia estable.

El viaje es, pues, Lázaro hasta la desembocadura: "Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida". Dicho lo cual (Tratado Sexto) se encamina veloz al final, porque ha aprendido a *ahorrar* con dignidad para "vestir muy honradamente de ropa vieja", y, por segunda vez, no ser abandonado maltrecho por su intermediador sino concluir la experiencia por propia iniciativa. Así es que "todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré" (Tratado Séptimo).

La negación de significados globales (por lo dicho y lo que significa el vínculo de Lázaro con el arcipreste) se complica con la estructura dependiente del viaje del sujeto. Digo bien porque la otra deserción voluntaria, introducida en el inicio del camino, significa dos actitudes iguales en la esencia aunque muy diferentes en los pormenores... El otro episodio en que se enmarca el viaje de Lázaro, bordeado paralelamente por los dos abandonos voluntarios, está en el Tratado Primero en que se incluye, a modo de portadilla, las notas comentadas de sus antecedentes, nacimiento, traslado a la ciudad y sucesos de Zaide, el padrastro negro, cosa por la que, a fin de cuentas, debe los servicios al intermediador primero.

En efecto, esta experiencia es singular. Y la primera marca de singularidad es aquella que implica entender que la ruptura del vínculo afectivo de la familia no significa *traición* tanto más cuanto la necesidad de medraje surge con virulencia después de concluida la primera aventura de forma brutal. Tal cosa ocurre cuando Lázaro, consecuente con la estructura y acorde con ella, entiende que la enseñanza del ciego sólo significa adquisición de los mecanismos mínimos de la supervivencia.

El viaje sin regreso se precipita: "Hijo: ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto: Válete por tí", pues la soledad acompañará de aquí en adelante su vida. Después de ahora, cualquier vínculo (ésta es probablemente la consecuencia nefasta de su sino) será de interés ambivalente. Así que parte de Salamanca el rumbo sin retorno que implica, primero, la relación con un adelantado de su clase, el único que permanece indemne y sobrevive de la depredación dentro y alejado de ella al mismo tiempo; el ideal, en fin, de

una enseñanza que aquí comienza y que concluirá con la derrota del todopoderoso ciego, como señal certera de que la búsqueda no concluye en la indemnidad pícaro y mugrienta.

Lección primera, pues: "Lázaro; llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro dél". Resultado de su ignorante y confiada ingenuidad: primer correctivo físico de su carrera. Moraleja: "Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo". Y, en efecto, hacia tal tarea se encamina el joven, de forma que concluirá su ruta sabiendo algunas mañas más que el diablo sin importarle mucho al final que tales cosas agraden más o menos a Dios. Porque el alumno excepcional aprende pronto: "Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño dormido, estaba". La lección introducida de forma genial en este tratado está lógicamente impuesta por el contacto con lo aventajado de su contorno vital: "Y oro ni plata no te puede dar; mas avisos para vivir muchos te mostraré". "Y así fue", afirma Lázaro, sellando un pacto ya previsto.

Éste podría parecer el método de una relación social futura y sangrienta; mas he aquí la diferencia esencial con la otra deserción. Como se comprobará, la venganza sólo es posible establecerla en una par estructura social. En las siguientes relaciones en aumento de humillación y dolor físico, la estrategia de la venganza es imposible; sólo el dominio de las directrices de clase y su acatamiento es lo provechoso en esas enseñanzas; en tal cosa residirá la fortaleza del sujeto. Y ella es otra lección en prolepsis del visionario ciego cuando anticipa dos asuntos de paralelismo estructural: a) en la taberna adornada de cuernos: "calla, sobrino, que algún día te dará éste que en la mano tengo alguna mala comida y cena"; b) "Ya te digo que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado por el vino ése, eres tú".

Dice bien y su poder visionario contrarresta con el estado de sus ojos. Lázaro, así, será la luz imposible para el ciego, por ser lo que el pícaro, torturador y engañador jamás fuera. Algo similar ocurre en el capítulo primero de *El juguete rabioso* de Roberto Arlt con Silvio Astier y el viejo zapatero andaluz: aquél se desvive en llantos recordando a los bandoleros que poblaron antaño las tierras del sur de su España sin poder ser lo que los personajes de ficción de sus folletines implican; Silvio, en cambio, es lo que los modelos del viejo suponen de frustración hasta que Rocambole varía los motivos.

Por lo tanto el esquema de la venganza está supeditado a los similares niveles. Es lo que se constata en *El juguete rabioso* con la dialéctica del asco, la humillación, la ofensa y el sufrimiento. Así ocurre en la respuesta del protagonista para con el primer "patrón", don Gaetano, y su esposa, hecho no posible con los mandos de la Escuela Militar, experiencia tanto

o más deprimente que la anterior. Aunque el proceso en *El juguete rabioso* no concluye con la solución preescrita, las directrices del mismo están perfectamente marcadas y detalladas; que la librería de don Gaetano, “milagrosamente”, no arda es un componente de la estructura en la novela de Arlt que excede los límites de ella misma dentro del cómputo de futuras realizaciones del escritor riplatense, ni tampoco es el único ejemplo del relato; la inconclusión es la tragedia que acompaña la vida de Silvio Astier. La venganza, además, aparece como señal inequívoca en *El juguete rabioso*. Así se expresa el contraste a la resignada, humillada y ofendida personificación de todos los supuestos esgrimidos hasta el momento en “Dio Fetente”, uno de los magistrales esbozos de personajes en la primera novela del narrador argentino.

La puesta en práctica del mecanismo de la venganza en Lázaro es el culmen de un proceso donde no cabe ya su perpetuación (como ocurre con Silvio). Pero otras cuestiones se manifiestan. Primero: la metodología que supone entender la enseñanza de las estrategias de la supervivencia con acciones humillantes y dolorosas parece consecuente y así lo entiende, en un principio, Lázaro; después del golpetazo en el toro de piedra no medra ningún sentimiento de respuesta airada para con el primer amo. Tal cosa (segundo), sin embargo, comienza a vislumbrarse por dos razones que contradicen la dialéctica de su maestro; a saber, la utilización que el ciego hace de los castigos a Lázaro, cosa que no está prevista en el método ni en el esquema de su pretendida estabilidad; y la tendencia ambivalente del ciego que enseña a Lázaro las artes de la supervivencia en un medio hostil, mientras por la avaricia lo puebla de *hambre* (hecho esencial contra lo que se asienta dicha enseñanza). Tercero: el hambre (factor determinante, insisto, del viaje y de la lucha) despierta y pone en marcha la “sutileza y buenas mañas” [frase textual], esqueleto a que se reduce la relación con el primer amo. Lo contradictorio, a su vez, es el cúmulo de respuestas airadas y dolorosas del ciego para con el aprendiz a cada intento de, ya no tanto medrar, sino de no morir. Así pues, aparte de la necesidad de supervivencia, lo que descubre Lázaro es que, en su propio nivel, las diferencias son considerables y, consecuentemente, la equiparación es necesaria, equiparación que se intuye en este momento como elemento previo a la venganza definitiva. Tal hecho debe entenderse como aprendizaje de los ardides de su clase para sobrevivir, y así se muestra. Por tal razón el ciego se acopia de mecanismos de represión física con determinaciones negativas y ahuyentables tanto como la situación previa al inicio del viaje. Ello, además, no es posible en el encuentro y puesta en práctica de los mismos mecanismos con el segundo amo, también avaricioso pero cuyos resultados, al ser descubierto como ladrón, se asemejan más a los que le costaron, a fin de cuentas, la vida a su padre. Así es que, comprobado lo negativo

del proceder contradictorio de su primer amo, la ruina se manifiesta: después del episodio del vino, Lázaro asegura “Dada aquella hora quise mal al mal ciego”, que es la misma conclusión a la que llega Pablos: «“Haz como vieres”, dice el refrán, y dice bien. De puro considerar en él, viene a resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más, si pudiera, que todos». Y comienza a forjarse la respuesta. Todo el resto del proceso inicial está condicionado, primero, al vencimiento de un elemento consustancial al discurso posterior, los escrúpulos. El ciego domina su contexto por la astucia y por la enfermedad; la compasión cristiana es lo que propicia el sabotaje y el “engaño” continuo como procedimiento. Pero, segundo, como se comprueba en el resto del relato, estos valores impuestos y creídos no servirán al proceso de adecuación: las pautas del *servicio* a prestar para el verdadero medraje son otras bien distintas.

No obstante, esa conjunción significará a Lázaro en todo su relato. Y así se constata, por un lado, en el tratamiento de la figura del ciego (“el bueno de mi ciego”, “triste ciego”, “aquel hombre”); por otro, en las continuas disculpas de que son objeto sus actos para con su primer amo al dirigirse al interlocutor (“Vuestra Merced”) y, por último, los recuerdos de que es centro en toda la historia y que resume “me arrepentí del mal pago que le di, por lo mucho que me enseñó. Que, después de Dios, él me dio industria para llegar al estado que agora estoy”. En definitiva, Lázaro sólo podía adquirir enseñanza de dos seres: de uno que entiende y domina su propio contexto (el ciego) y del propio Lázaro, es decir, el autodidactismo vital generalmente doloroso. Así que, en efecto, la “traición” se lleva a efecto, pero las marcas de identificación de su clase, con la que puede establecerse un mecanismo dialéctico y de acción par, no pueden superarse o, al menos, no pueden dejar de ser añoradas desde el final de trayecto. Evidentemente, éste es otro recurso de la estructura de la disculpa.

Así pues, después del vino, la lección (¿inconclusa en sus matices?) de las uvas; la de la longaniza en que, pudiendo consumir la venganza con la mordida de la nariz del ciego, no se lleva a término porque no se han vencido los escrúpulos... Pero algo también esencial escapa a lo inconcluso de este hecho y que asentará una lección imprescindible para Lázaro (constatación de las lecciones del maestro acorde con la primera de aquél): el maestro ciego cree que el miedo y la represión aseguran el provecho de la enseñanza y el dominio de los actos del discípulo, sin saber que la fiera duerme y espera su oportunidad pendiente del pecado de *confianza* del domador... Y, en efecto, “fue por darme de él venganza” que, cuando el acto es inevitable, el poder destructor del discípulo aflora y el mecanismo de la catarsis precipita al ciego hacia la roca que sirvió de lección olvidada... El pájaro crece y vuela del nido; pero esta ave es especial y también

enseña las garras de su designio de poder y fortaleza. Falta mucho camino, pero todas las conveniencias éticas y psíquicas están maduras.

LA MAGIA CONTURBADORA DE BLACAMÁN APELLIDADO EL BUENO

Lo bueno es sobrevivir a la depredación de los mezquinos, de los engañadores que envilecen la magia de la verdad inquiriendo la devolución del veneno "vendido" que salva enfermos, resucita muertos y obra ilusiones; lo bueno es no sucumbir a los desastres del malvado engañador, al vendedor de milagros usados; ni ajustarse a las sombras de las frustraciones proyectadas en la carne inocente del bueno con cara de tonto pero corrosivo cual Lázaro de Tormes; ni a sus humillaciones; ni a los achaques de asco o de sadismo. Lo bueno es mantener lo mortal eternamente vivo para que el impostor deguste el sabor de sus propias ausencias y de su asco. Lo bueno es la instauración del caos, porque en ello reside la verdad del milagro que es siempre creíble. Por todo esto creo que el senador Onésimo Sánchez de "Muerte constante más allá del amor" [1970: vid. Referencias, 1978] es, como escupiera Nelson Farina, "le Blacaman [sobra escribir "mauvais"] de la politique", es decir, del mismo ardid usurpador que el patriarca de antes de su otoño, que vivió y pervivió aferrado a la misma estrategia farandulera y fantasiosa que el senador Sánchez; igual bandera política y polichinela ilusa en su imagen incoherente de la realidad y su juego de amor... Todo fantasía de oro puro cuando es simple revestimiento de verdad de cartón piedra con avenidas dibujadas, árboles de papel, etc., etc... Igual que el Blacamán malo que injuria la verdad del bueno... Así constatado el *affaire* lo demás encaja perfectamente. (Y digo "lo demás" porque muchas cosas se explican en la extensa obra de García Márquez desde esta perspectiva.) Por lo tanto, la verdad es el milagro que perpetúa hasta el infinito los años, que hace crecer flores en las heridas, que irrumpe con olor de rosas en el pueblo de muerte, que recorre el mar de la espera donde los muertos embellecen y rejuvenecen después de ser arrojados a su hedor, que soporta las alas enormes, que explica la pérdida de un mar nacional vendido en parcelas, que implica la levitación de los piadosos hombres de Cristo, que hace creíble el asombro del hielo, el sueño eterno del Mister, la sangre dulce para los cangreos de Tobías, las dimensiones del muerto más hermoso del mundo, el infante genético con cola de cerdo, la supervivencia, la eternidad. Todo; porque la verdad es contraria a la usurpación, al engaño propio de los Blacamanes falsos. Y para que lo que se dice se compruebe, Blacamán el Bueno cuenta con su ejemplo lo que es verdad diáfana y definitiva.

“Blacamán el bueno vendedor de milagros” (tercera fecha) recorre el camino de lo cierto, por lo pronto, detallando con ejemplos cuanto dice, hace y ha hecho.

Si el anónimo detallista de las estrategias y metodología del enseñante ciego hubiese compuesto la prestancia física de aquel Blacamán (menos absurdo, quizá, que éste y también más simpático) probablemente habría coincidido en algunos rasgos. Por lo pronto lo hacen en el ardid de vender, con toda suerte de aspavientos teatrales, mentiras para el cuerpo y el alma. Aquél vendía oraciones, tantas cuantas hicieran falta y algo más, para muchos menesteres; además de servicios médicos que hacían de su eminencia la mejor en sacar muelas, desmayos, males de madre, aparte de conocimientos en yerbas y pócimas de variados usos. Éste vende específicos y yerbas de consuelo, contravenenos experimentados en carne propia..., es decir, el oficio de sombra de lo que fuera en tiempos de gloria; porque decae su poder hasta la humillación de Blacamán el Bueno, el verdadero Blacamán. Su carrera se verifica en el paralelismo del descenso: de embalsamador de virreyes a intérprete de sueños, hipnotizador, sacador de muelas por sugestión, curandero de feria... superviviente eterno de su propia infamia por la crueldad inescrupulosa del discípulo que fuera maltratado.

Después del retrato del amo y del cuento de su degradación, de la jarana teatral y cruel experimentación de la mentira, la presentación de nuestro héroe, pues en su rostro delator estaba la estupefacción de toda su sabiduría oculta; quiero decir que, como Lázaro, este mago “inmortal” ya tiene asegurado su don perenne: su cara de tonto. Ella es la que lo señala de entre los más perplejos que esperaban la recogida de los abalorios de su circo ambulante. Y él, el mago falso, el maestro, el engañador, el Blacamán malo asiste con mirada alucinante a la revelación de su inmortalizador, al objeto que perpetuará la frustración en sus huesos de engaño, ególatras y sádicos... Y elige “al azar”, pues el azar es la verdadera dimensión sintáctica de la historia, al personaje que desmontará su mentira por el certero poder de la magia que no posee.

Así pues, el sino precipita el encuentro y conecta lo indivisible de dos almas gemelas y extremas; Blacamán el Malo encuentra en su momento al discípulo esperado y Blacamán el Bueno al maestro objeto de su ira final, como allanamiento de la dialéctica de la humillación, el asco, la frustración proyectada, la tortura física y la contradicción de la enseñanza y de la verdad. Entonces, digo, lo que resta es perpetuar el encuentro hasta lo eterno. Y así es, porque, como en Lázaro, el cambio de “dueño” es perceptivo: “Esa misma noche habló con mi padre, y por un real y dos cuartillos y una baraja de pronosticar adulterios, me compró para siempre”. Satisfecho el precio, surge el camino sin retorno que también es transfor-

mación del discípulo como emergencia de las aptitudes dormidas o, lo que es igual, la manifestación de la luz (“él debió verme por dentro alguna luz que no me había visto antes”) que, hasta el momento, el indepredado Blacamán buscara y no hallara en sí mismo.

Hecho al viaje, las injurias afloran, porque el poder visionario del maestro supone, con evidencia de mago, aunque falso, la sustitución real y posible del superior alumno, del definitivo Blacamán.

Y entonces es inevitable la dialéctica de la utilización del siervo en que el mago frustrado equivoca conscientemente la reducción, porque la naturaleza del discípulo también aumenta la sed del verdugo. Es también humillación, deseo de destrucción de la imagen del bueno (la suya propia inalcanzable)... Demasiadas evidencias para no asquear, maltratar, humillar, destrozar... Funciona, pues, la máquina del sufrimiento instalada en la carne maltrecha del discípulo, porque de aprendiz que nunca fuera a objeto de sadismo es la ruta que media entre los dos, ruta que también se llama incongruencia y contradicción. El invento se llama, en el colmo de los artilugios del mago impostor, “máquina de coser que funciona conectada con ventosas con la parte del cuerpo en que se tuviera un dolor”; es decir, de potencial adivino a humillado, a apaleado y a provocador de torturas, que en definitiva son los signos del camino en ascenso jerárquico contrario al de Blacamán el Malo. La suerte de bordados selectos, cual los de novicia, parecía sonreír, mas la persecución de la decadencia no perdona y se descubre el engaño, y con él la huida y las humillaciones que extraerán la luz oculta del verdadero mago.

Las blacamanerías engañosas colaboran en una de las tragedias más ingratas de la América del Sur, el intervencionismo de los grandes del Norte. Y colabora como obsesión dialéctica en García Márquez a lo largo y ancho de su obra. Forma parte, asimismo, de la irrupción de la nebulosa mítica general que aureola el cuento, probablemente porque en la niebla, visionaria a veces, de la ignorancia está el dejar hacer embaucador. Así ocurre con el Mister en “El mar del tiempo perdido” (personificación de las superestructuras económicas foráneas con que los dominios neocolonialistas son masacrados en pos de soluciones impuestas pero no estables por la necesidad imperiosa de beneficios inmediatos); así la relación del patriarca con la precisa potencia extranjera, la turbadora pero lejana conciencia popular frente a la compañía bananera (ejemplo tangible de lo personificado en el Mister) y las huellas de su paso conturbador (*La hojarasca*)... Así pues, surge también Blacamán como una fábula del contexto y ello repercute en la estructura del significado total y final. Porque, si se es consciente de la brutalidad que el engaño supone individualmente para la relación del apellido Malo (= usurpador) con el Bueno (= verdadero), se juzgará más intolerable la razón que la disculpa propicia por los resulta-

dos del engaño (la muerte del Almirante gringo por no hacer efecto la pócima de la salvación falsa): “los infantes de marina habían invadido la nación con el pretexto de exterminar la fiebre amarilla, y andaban descabezando a cuanto cacharrero inveterado o eventual encontraban a su paso, y no sólo a los nativos por precaución sino también a los chinos por distracción, a los negros por costumbre y a los indúes por encantadores de serpientes, y después arrasaron con la fauna y la flora y con lo que pudieron del reino mineral, porque sus especialistas en nuestros asuntos les habían enseñado que la gente del Caribe tenía la virtud de cambiar de naturaleza para embolatar a los gringos”. Éste es el terrible y horrendo retrato de la inmiscución y la barbarie propiciadas por las usurpaciones blacamán, el congénito mal del Sur, la inescrupulosa determinación neocolonialista. La parábola política, pues, se asienta en estereotipos verdaderos y las reducciones adquieren significados parabólicos.

La verdad del único Blacamán es lo que, por un lado, devolverá la conciencia o las luces a la pasividad que otorga los desfases propiciatorios (lógicamente también impuestos y manipulados por las superestructuras y por la ausencia de desarrollo condicionado) y, por otro, destruirá el sentido mítico de Blacamán con la contraposición de su extremo, tal que, lo negativo, por la imposición de lo verdadero, ya no tiene sentido.

La parábola de indagación situacional (presente, repito, por lo demás, en casi toda la obra de García Márquez) no concluye con estas disquisiciones. Es curioso observar la estrategia de la huida de los dos personajes y dónde se establecen precisamente las luces del Bueno. Corren lejos de la persecución del Norte y cruzan el desierto (cabría decir penitente, pero también purificador) y concluyen su escondite en ruinas pasadas, las ruinas de una misión colonial. Las determinaciones del significado en este momento de la fábula son complejas. La ardua lucha de la libertad latinoamericana se concreta en el siglo XIX; a ello sigue un proceso más o menos radical de cuestionamiento de las consecuencias y consecuentes de aquella relación colonial. Mas Martí insistía en un peligro probablemente más fatal: el peligro de los que persiguen a los Blacamanes. Así pues, la instauración fatal de un dominio nuevo que pareciera irremisible, irreductible y eterno y que amenaza borrar la huella de una identidad (caso de Puerto Rico, por ejemplo) que molesta despierta el recurso del pasado y la conjugación de los hechos de la historia de entonces recuerda: primero, que las *raíces* son meridianas; segundo, que el Blacamán mítico, el Malo, el usurpador, el portador de la verdad de engaño, tiene que ser convencido de la certeza de otro poder precisamente allí, en el lugar de la contradicción de antaño, en el “calabozo de penitencia donde los misioneros coloniales regeneraban a los herejes”. Esta es una verdad tan fundamental

para el desarrollo del mundo hispánico como, desgraciadamente, no entendida con todas sus virtudes desde nuestro Estado.

Dos cuestiones propician el advenimiento de la luz: la constatación del engaño-disculpa y sus consecuencias, y la actualización de recursos pasados que forzaron la guerra de la libertad, entre otras cosas. Y entonces la estructura de la venganza asume el significado histórico de la de Lázaro como estructura de la raíz con una similitud de asombro: escribió Lázaro: "Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y, aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había olgado del cruel castigo"; escribe Blacamán el Bueno: "Ahí fue donde se echó a perder el poco cariño que le tenía".

El único consuelo, pues, del Blacamán, que resulta de todo el proceso es "el deseo de que la vida me diera tiempo y fortuna para desquitarme de tanta infamia con otros martirios peores". Cabe decir que el mal es interno a la composición misma del contexto analizado y que en todos los lugares de la pasividad y la ignorancia, aprovechada desde dentro y desde fuera cuando las directrices lo propician, está la barbarie, la usurpación, la humillación, el asco, la explotación...

Ha comenzado un camino grande y par: el de la consumación eterna de la venganza y el de la verdadera magia que implica resultados hasta cierto punto ambiguos si se toman como ciertos o no los términos de la parábola situacional: la magia de Blacamán es instauradora del caos asumido, de la conciencia propia y diferente ("me recomendaron una vida de penitencia para que llegara a ser santo, pero yo les contesté sin menosprecio de su autoridad que era precisamente por ahí por donde había empezado"); la instauración del caos es asumir definitivamente la identidad, devolver, si es preciso, las cosas a su lugar de origen vendiendo pócimas verdaderas a la condición mágica de Blacamán el Bueno; es también la riqueza y el poder con la creación de infraestructuras comerciales envidiables; es verificar la cruda realidad de un *rencor* sin mengua en lo eterno. Quizá por ello Blacamán permanece vivo y regenerado a cada muerte pedida a gritos: es imprescindible comprobar los supuestos del nefasto pasado, la recriminación imperdonable de la usurpación y el sadismo del frustrado que ahora se avergüenza.

Referencias

- Oscar Masotta: *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1965.
Enrique Tierno Galván: *Sobre la novela picaresca y otros escritos*. Madrid, Tecnos, 1974.
Fernando Lazáro Carreter: "*Lazarillo de Tormes*" en *la picaresca*, Barcelona, Ariel, 1972.
Franciso Rico: *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral, 1973.
Oldrich Belic: *Análisis de textos hispánicos*, Madrid, Prensa Española, 1977.
Anónimo: *Lazarillo de Tormes*, Madrid, Cátedra, 11ª, ed., 1983.
Roberto Arlt: *El juguete rabioso* [1926], Buenos Aires, Losada, 3.ª ed., 1975.
Gabriel García Márquez: *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*. Barcelona, Bruguera, 2.ª ed., 1978.